

El Aleph de *El Aleph*

Lo minimo tentar di sua delizia.

Dante *Paradiso*, XXXI, págs. 136-138.

¿Cómo conjurar la desazonadora sensación de metamorfosearnos en un Bustos Domecq o en un Gervasio Montenegro de pacotilla —pacotilla al cuadrado y al cubo, por lo tanto—, cuando afrontamos la pretensión de escribir no sólo acerca de un autor como Borges, sino, para colmo y copete, precisamente sobre un relato como «El Aleph»? Quien intenta estas líneas lo ignora, pero se resigna a pertenecer, durante unas páginas, a la cofradía de César Paladión y Carlos Argentino Daneri, imaginando que puede interesarle a alguien nuestro fugaz comentario sobre algunos de los elementos que hacen de «El Aleph» uno de los artefactos literarios más deliciosos de la literatura contemporánea. La ya voluminosa e incesante bibliografía sobre Borges ha tratado detenidamente buena parte de los aspectos fundamentales del texto en cuestión (las múltiples resonancias de la *Comedia* de Dante, la relación con la Cábala, las significaciones místicas y filosóficas, el tema central del infinito, los aspectos circunstanciales y autobiográficos...), pero queremos pensar que un cuento como «El Aleph» puede justificar, por su propia complejidad, la evidente osadía de seguir comentándolo.

El prodigioso espejo del cosmos y sus precursores

Veamos, en primer término, el motivo del objeto excepcional que permite la contemplación total del cosmos. Borges enumera en la «Posdata» de su cuento seis objetos maravillosos citados en un manuscrito de Richard Francis Burton que dice haber sido descubierto por Pedro Henríquez Ureña en una biblioteca de la ciudad brasileña de Santos, donde el asombroso capitán inglés ejerció de cónsul en 1867. Pero al erudito inventario borgiano de miradores cósmicos podríamos agregar otros muchos, pues, en realidad, el autor de «El Aleph» parte de un motivo clásico del que citaremos seguidamente algunos ejemplos.

Augusto Monterroso ha escrito preciosas líneas acerca de un sorprendente texto, predecesor de «El Aleph» borgiano, que aparece en *La Araucana*¹. El escritor guatemalteco se refiere al episodio del hechicero Fitón quien, en el canto XXVII del poema,

¹ «El Aleph de Ercilla», publicado originalmente en el suplemento «Culturas» de Diario 16, n.º 17, mayo, 1987 y después, con el mismo título, en Nuevo Texto Crítico, año 1, n.º 2, segundo semestre de 1988, págs. 229-232. El texto se incluirá posiblemente en el próximo libro de Monterroso, cuyo título provisional es La vaca de Maiakovski.

muestra la inmensa y prodigiosa bola de cristal que oculta en una «cámara espaciosa» de su cueva. Dentro de esta «gran poma lucida» pueden contemplarse todas las cosas, pues «es del mundo el gran término abreviado» (canto XXIII, est. 70, v. 2). Así nos describe Ercilla su Aleph:

Era en grandeza tal que no podrían
veinte abrazar el círculo luciente,
donde todas las cosas parecían
en su forma distinta y claramente:
los campos y ciudades se veían,
el tráfago y bullicio de la gente,
las aves, animales, lagartijas,
hasta las más menudas sabandijas².

Con la singular perspicacia lectora que le caracteriza, Monterroso se refiere a las analogías entre el relato borgiano y los versos de Ercilla:

Son muchas las coincidencias existentes entre la bola de Ercilla y la de Borges. La de Ercilla es «una gran poma milagrosa; la de Borges, «una pequeña esfera tornasolada»; la de Ercilla contiene «en muy pequeña forma grande espacio»; en la de Borges, «el espacio cósmico está allí, sin disminución de tamaño»; en la de Ercilla: «Verás del universo la gran traza»; los ojos de Borges habían visto «el inconcebible universo»; Ercilla: «vi croatas, dalmacios, eslavos, búlgaros, albaneses, transilvanos, tártaros, tracios, griegos» y la «multitud de gente que allí había»; Borges: «vi las muchedumbres de América»; en otro canto, Ercilla había visto, entera, con todo detalle y en vivo, la batalla de Lepanto; Borges ve el «populoso mar»; Ercilla ve «hasta las más menudas sabandijas»; Borges «todas las hormigas que hay en la tierra»; Ercilla ve tierras que nunca han sido descubiertas, «ni de extranjeros pies jamás pisadas»; Borges ve «convexos desiertos ecuatoriales»; Ercilla ve «a México abundante y populosa»; Borges, «un laberinto roto (era Londres)»; Ercilla ve a «Michoacán, famosa por la raíz medicinal que tiene»; Borges ve «un poniente en Querétaro»³.

En nuestra opinión, el ingenio de Monterroso destaca, no sólo como inteligente ejercicio de lo que Pedro Salinas apodaba «crítica hidráulica», rastreadora incansable de fuentes, sino también cuando subraya las insuficiencias de la inspiración poética del autor de *La Araucana*, y a partir de aquí, podríamos trazar un cierto paralelo entre la desmesurada pretensión de Ercilla, la del propio Carlos Argentino Daneri y las de cuantos poetastros ambiciosos en el mundo han sido.

Por su parte, Joaquim Montezuma de Carvalho⁴, intrigado por la mención del capitán Burton (traductor⁵ y prolijo escoliasta de Camoens) en la citada posdata de «El Aleph», propone ocurrentemente la posible relación entre la prodigiosa esfera tornasolada borgiana y el globo luminoso que la ninfa Thetis muestra a Vasco de Gama en *Os Lusíadas*:

Ves aquí la gran máquina del mundo,
etérea, elemental, que fabricada
ansí fue del saber alto y profundo
que es sin principio y meta limitada.
Quien cerca en derredor este rotundo
globo y su superficie tan limada

² Canto XXVII, estrofa 4 (ed. de Marcos A. Morinigo e Isaías Lerner, vol. II, Madrid, Castalia, 1983, pág. 220).

³ Art. cit., pág. 231. Monterroso señala, a renglón seguido, las diferencias: «Estas son las similitudes, quizá simples coincidencias. Literariamente importa más la diferencia esencial: la magia de Ercilla es su magia sin magia, ripiosa y un tanto pedestre de su guerrero siglo XVI; la de Borges, su propia magia verbal, irónica, simultaneísta y ambigua del siglo XX».

⁴ «O "Aleph", de Borges e o canto X de Os Lusíadas», Suplemento Literario de O estado de São Paulo, año XVII, n.º 853, 2 de diciembre, 1973, pág. [1]. Agradezco a Jorge Schwartz la amigable copia de este trabajo.

⁵ *Os Lusíadas* (The Lusíads) englished by Richard Francis Burton: (Edited by his wife, Isabel Burton) in two volumes, Londres, Bernard Quaritch, 1880 y Camoens: his life and his Lusíads. A Commentary by Richard F. Burton (translator of «The Lusíads»), 2 vols., Londres, Bernard Quaritch, 1881. Esta edición, a la que Borges se refirió en otras ocasiones, contiene anotaciones como las que el capitán Burton había prodigado, erudita y apasionadamente, en su versión de las Mil y una noches.

es Dios, mas lo que es Dios ninguno entiende, que a tanto humano ingenio no se estiende⁶.

Precisemos que, en 1972, Borges pronunció una conferencia, titulada «Destino y obra de Camoens», en la cual se refiere a la traducción del capitán Burton —«que he buscado y no he encontrado hasta ahora», lamenta— y recuerda también «el quizá más extraño de todos» los episodios de *Os Lusíadas*, el último:

Thetis lleva a Vasco da Gama y a algunos de los suyos a la cumbre de una montaña, de una montaña que está esmaltada de flores, después de atravesadas las asperezas, como el cielo está esmaltado de astros, y ahí les muestra el universo, les muestra un globo luminoso y ese globo viene a ser el arquetipo del universo ptolomeico, las diversas esferas concéntricas y transparentes que corresponden a los diversos cielos. Vasco da Gama ve lo que nadie ha visto del universo, de suerte, y además se habla de Dios que no tiene fin, como la esfera. Y Pascal hablaría después de la esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, y la compara con la no menos misteriosa divinidad, esa divinidad que Parménides concibió como esfera; y esa visión del universo, del universo luminoso es la última, viene a ser como un galardón dado al héroe, y dado al héroe cristiano, por una divinidad pagana, por esta Thetis⁷.

En realidad, a partir de la citada estancia LXXX del canto X de *Os Lusíadas*, se desarrolla, como vimos en el caso de Ercilla, el tema de la visión panorámica del mundo, de profundas raíces clásicas y medievales; asunto analizado insuperablemente por María Rosa Lida de Malkiel en su magistral estudio —todo un Aleph de la erudición hispánica— sobre Juan de Mena. María Rosa Lida cita autores y textos que, desde luego, siempre fueron de la predilección de Borges: el *Somnium Scipionis*, el catálogo homérico de las huestes, Lucano, Cervantes, Brunetto Latini, Dante, Camoens, Ercilla, el *Speculum naturale* de Vicente de Beauvais, Plinio⁸... Como podemos comprobar, Borges, en su enumeración de «El Aleph», prosigue, en consecuencia, tanto temática como formalmente, la tradición clásica, aunque la transforme radicalmente.

Otro Aleph preborgiano se halla en la «Égloga octava» del *Siglo de Oro en las selvas de Eriñile*, de Bernardo Balbuena, cuando Melancio obsequia al desconsolado Fileno un prodigioso globo que se ha encontrado junto al camino:

...me hallé un pequeño globo que de fino oro me certifiican ser, de aquel tamaño y grandeza que solemos coger las amarillas ciruelas de los silvestres árboles, pero de mano tan artificiosa obrado, que en él por orden toda la descripción de la tierra perfectamente está esculpida, sin que haya río tan apartado, o fuente tan poco conocida, que allí no ocupe suficiente lugar. Y creo, que si este para tanta obra estrechísimo no fuera, no solo las selvas, los bosques, y las grandes ciudades, mas toda la diversidad de animales que la naturaleza ha producido se viera en él trasladada, que no a otro fin en algunas particillas, así se ven comenzados a labrar, que quien con cuidado los mirare, no dirá que vivos estén, mas que la tierra a medio formar en aquel punto los vaya produciendo, de la suerte que a la primera voz de su divino Artífice fueron saliendo de sus entrañas⁹.

Evidentemente, Balbuena continúa en este episodio la tradición clásica, en el que hemos de destacar, también, la relación del amor con la esfera maravillosa, pues una

⁶ Canto décimo, estrofa 80. Cito la traducción clásica de Benito Caldera, publicada en Alcalá de Henares, en 1580; véase Luis de Cameons, *Los Lusíadas*, ed. de Nicolás Extremera y José Antonio Sabio, Madrid, Cátedra, 1986, pág. 467.

⁷ Conferencia dada en el Centro de Estudios Brasileños, el 19 de junio de 1972, en los actos de conmemoración del cuarto centenario de la publicación de *Os Lusíadas*: Destino y obra de Camoens. Con una salutación a Borges por Su Excelencia el Señor Antonio F. Azeredo da Silveira, Embajador de Brasil, Buenos Aires, Centro de Estudios Brasileños, Sector Cultural de la Embajada de Brasil, 1972, pág. 24.

⁸ Véase Juan de Mena poeta del prerrenacimiento español, segunda edición adicionada por Yakob Malkiel, México, El Colegio de México, 1984, págs. 30 y ss.

⁹ Madrid, Alonso Martín, 1608, págs. 119r-119v. Balbuena encarece el prodigioso poder profético de la esfera: «...mas otra cosa queda por contarte, que escondida está en su secreta concavidad, que cierto temerosa es de decir, y no sin gran reverencia se ha de tratar, como quiera que no se pueda presumir ser otra que alguna oculta deidad que allí tenga su dorado asiento: porque a ciertos tiempos del día, dentro se oye un ruido tan admirable, que sin que nadie tenga cuidado de moverle, con su lenguaje celestial concertadamente señala cualquier parte de nuestra vida...». (Ibidem, págs. 120r-120v). Debo el encuen-